

Apenas hoy se reunirán los comités distritales para realizar el cómputo de las elecciones de la semana pasada. Es preciso, en rigor, congelar el juicio sobre ellas hasta conocer los resultados. Obliga a hacerlo, además, la cautela asombrosa que imperó en el PRI, que suele dar la noche misma del primer domingo de julio de cada tres años una aproximación muy cercana a la realidad de cómo se ha desenvuelto la jornada electoral.

Con todo, es posible hacer consideraciones meramente hipotéticas acerca de dos tendencias que acaso sean ratificadas hoy mismo, y que vinieron configurándose a lo largo de esta semana. Se trata, por un lado, del abstencionismo (cuyo eventual crecimiento explicaría la prudencia priísta acerca de las cifras), y por otro lado del avance comunista entre el electorado.

El secretario de Gobernación se apresuró a festejar, el domingo mismo de las elecciones, la gran afluencia del público ciudadano ante las urnas. Si las cifras desmienten esas prematuras alegrías, ¿habría que tener como válidas las consideraciones exactamente contrarias a las expresadas por el presidente de la Comisión Federal Electoral? Pero no radicaría allí como es obvio, en un mero gazapo, la importancia de conocer que la abstención aumenta de manera incontenible. Si se angosta cada vez más la porción que va a las urnas, llegaríamos al absurdo de que sólo votaran los directamente interesados (en el sentido mezquino del interés) en el proceso mismo. Nos convertiríamos, propiamente hablando, en una oligarquía, en que *aun formalmente* las decisiones políticas recaen en un sector reducido de la población y no en la mayoría.

Todo el mundo sabe que las causas de la abstinencia

Comunistas que triunfan

Miguel Angel Granados Chapa

electoral son diversas, y que se entrelazan de manera complicada. No es posible, por tanto, formular recetas para extirparla. Algo hay claro, sin embargo, a este propósito. No puede esperarse sólo de actitudes gubernamentales el combate a la desidia ciudadana. Es cierto que, como oímos repetir con frecuencia, una de las razones por las que no votan los abstencionistas es por su temor de que el gobierno sea incapaz de respetar el sufragio. Que el gobierno gane respetabilidad en este campo es sumamente difícil. Por ejemplo, en Nuevo León la elevada suma de los votos obtenidos por la candidatura panista al gobierno local, admitidos por la legislatura local, constituye un motivo válido para que los propios sufragantes sientan que su filiación política está muy extendida, y tiendan por lo tanto a creer que el gobierno *les robó* las elecciones, aun si no fuera verdad que eso ocurre.

Los partidos tendrán, así, que esforzarse por no contribuir al desaliento ciudadano. Sin perjuicio de formular las protestas y quejas que sean necesarias, y de lanzar la denuncia política que juzguen pertinente, mal harían en sumarse a la causa de los abstencionistas, como lo ha hecho en el pasado reciente una porción del PAN, arguyendo que todo es inútil ante la inquebrantable decisión gubernamental de no perder, y de arrebatarse cuando pierda.

El Partido Comunista Mexicano tiene, muy singularmente, una responsabilidad grande a este respecto. Es altamente

probable, por indicaciones recogidas incluso por investigadores del gobierno, que el voto joven se haya canalizado hacia la Coalición de Izquierda, reforzando así el de los cuadros propios de los partidos y movimientos que en ella se conjuntaron. Estimular la continuada participación cívica de esos *neovotantes* para que no sean devorados por la hidra abstencionista, es, entre otras, una tarea de inmediato abordamiento, sobre todo con miras a la resaca que seguirá a la eventual crecida de los votos comunistas.

En realidad sería imposible hablar de un progreso en las cifras del sufragio comunista por ser ésta la primera vez que se presenta formalmente a elecciones, con su emblema impreso en las boletas. Las experiencias recientes (del Frente Electoral del Pueblo en 1964, y la candidatura de Valentín Campa, en 1976) forman, sin embargo, un antecedente frente al cual puede contrastarse lo que ha ocurrido ahora, limados los excesos optimistas que hicieron al PCM anunciar entonces cifras considerablemente elevadas.

Puede haber un residuo adverso a la causa de la verdadera izquierda electoral provocado por su éxito en los comicios. La campaña anticomunista intensificada en las últimas semanas de junio muestra que el macartismo está en condiciones de ganar eficacia, y hasta convertirse en actitud oficialmente represiva. Contra esa posibilidad es conveniente advertir a la nación. No sigamos de ello, sin embargo, la consecuencia de que ha sido funesto para la coalición de izquierda ganar los porcentajes que se supone ha obtenido, porque ello la obligaría a no hacer esfuerzos para crecer, a permanecer en las catacumbas, en vez de enfrentar los riesgos de todo género que impone el éxito electoral, aun el de esta hora.